

LUIS MARÍA CAZORLA

Las SEMILLAS *de* ANNUAL

«Una brillante y lúcida novela que narra los acontecimientos, personajes y hechos históricos que condujeron a la sangrienta derrota de Annual, el mayor desastre sufrido por una metrópoli en la historia del colonialismo.»



Agosto de 1919. Movido por su afán de volver a empuñar las armas en Marruecos tras ser durante cuatro años ayudante de Alfonso XIII, el general Silvestre vuelve a la escena bélica como comandante general de Ceuta y pronto reverdecen sus laureles de héroe nacional, particularmente en la ocupación del Fondak de Ain Yedida. Su compañero del arma de caballería, el general Berenguer, que se le ha adelantado al ser nombrado cuarto alto comisario en Marruecos, recela de Silvestre y se obstina en derrotar para siempre al carismático Muley Ahmed El Raisuni. Por su parte, Pedro Robi, próspero comerciante larachense, prosigue una trayectoria comercial y personal que le llevará a frecuentar en Madrid a personajes como Horacio Echevarrieta e Ignacio Bauer, mientras el capitán de la Guardia Civil Carlos Pozo regresa a Larache para aclarar la misteriosa muerte de un hermano lego franciscano, e investigar los crecientes indicios de la existencia de una trama de corrupción en los suministros al ejército.

Luis María Cazorla desgrana en esta apasionante novela histórica los orígenes de ese luctuoso episodio de la historia de España conocido como «el Desastre de Annual».

A Dris Dahak, jurista insigne, prominente magistrado y hombre de Estado, ejemplo vivo de la cercanía de lo marroquí a lo español y de lo español a lo marroquí.

PRIMERA

PARTE

1

SILVESTRE SUSPIRA POR EL PROTECTORA-
DO

El cese de comandante general de Larache como consecuencia de haber sido nombrado el 9 de julio de 1915 ayudante de campo de Alfonso XIII supuso para el general Manuel Fernández Silvestre una salida honrosa de Marruecos, que le ayudó a superar las dos situaciones comprometidas que le atenazaban por esos días.

La dura pugna que había mantenido con el alto comisario José Marina, y las dolorosas decisiones que había tenido que tomar con relación a su incondicional *manolo* el capitán Rueda, jefe de la policía indígena de Arcila, con motivo del asesinato en Cuesta Colorada del secretario de el Raisuni Alí Alkalay y su criado, le habían colocado en una posición difícil tanto en Tetuán como en Madrid.

La relación con Meriam, la bella judía de irresistibles ojos verdes, también había empezado a quemarle por aquellas mismas fechas. Aunque seguía viviendo con ella momentos tórridos sin parangón, la relación le abrumada cada vez más y se sentía aprisionado en una tela de araña de la que no sabía cómo zafarse. El enredo amoroso había saltado las barreras de la contención discreta y estaba tan en boca de todos que muchos se referían a ella como «Meriam, la del general». Por si esto fuera poco, le acuciaba sin cesar para que la relación que pretendía ser oculta desga-

rrara las tinieblas y se hiciera visible sin tapujos. Silvestre, siempre en guardia con respecto a todo lo que pudiera redundar en detrimento de su carrera militar, no estaba dispuesto a dar ese paso y su resistencia numantina empezaba a agotarlo.

Por uno y otro motivo la llamada de Alfonso XIII fue providencial.

El resto de 1915 desde su llegada a Madrid y todo 1916 transcurrieron con un rosario interminable de desplazamientos y compromisos sociales que le sirvieron para almiar la amargura de los últimos momentos en el protectorado de Marruecos, y el rumbo pactista con el Raisuni, su enemigo cervical, que estaba tomando la acción del alto comisario sustituto de Marina, el también teniente general Francisco Gómez Jordana.

La frecuente convivencia con el rey sirvió para estrechar aún más los lazos que le unían con él. Alfonso XIII, con acusada indiscreción, se refería a Silvestre, incluso ante terceros, como «mi general favorito, de cuyo arrojo y capacidad tanto espero».

En el ambiente de confraternización que, mucho más allá de lo razonable, solía reinar entre los dos personajes, conoció de boca del monarca los tejemanejes que tuvo que hacer para lograr en el ya lejano junio de 1911 que el entonces presidente del consejo de ministros, José Canalejas, consintiera que Silvestre, a la sazón teniente coronel de caballería, fuera nombrado jefe de las fuerzas expedicionarias españolas en el norte de Marruecos. Entre risotadas y vencidas las lógicas barreras ante un superior tan caracterizado, también se enteró de los equilibrios habilidosos que tuvo que desplegar con Eduardo Dato, a la sazón presidente del consejo, para sacarlo en junio de 1915 del hervidero que se había convertido la parte occidental del protectorado.

El tiempo se deslizaba plácidamente entre viajes, actos mundanos y confraternizaciones con el rey, de las que no

estaban exentas cacerías y largos paseos a caballo por la madrileña Casa de Campo. El recorrido preferido para ello iba desde las Caballerizas Reales, inmediatas al lado norte del Palacio Real, hasta la Casa de Vacas, pasando por las inmediaciones de los estanques grande y pequeño.

Pero, varios hechos empezaron a sacudir esta modorra. A primeros de noviembre de 1916 tuvo que acompañar al infante Fernando de Baviera cuando acudió en representación de Alfonso XIII a los funerales celebrados en Viena por el fallecimiento del emperador Francisco José. En el camino de regreso a Madrid fue autorizado a desplazarse desde París a Châlons para visitar al general Guerard, comandante en jefe del ejército francés de la Champagne. Allí se reencontró con el olor de la pólvora y los avatares de la guerra, que reavivaron en él el rescoldo nunca apagado del todo. Estas sensaciones le hicieron volver con añoranza sus ojos hacia un protectorado que se movía sin rumbo fijo, preso de las, para él, blandenguerías del alto comisario Francisco Gómez Jordana y de los políticos de Madrid, entre los que colocaba sin remedio a los sucesivos ministros de la Guerra militares, tenientes generales Luque, Aguilera y, por encima de los demás, a su enconado rival José Marina, dos veces ministro de este ramo.

La cercanía de la vida familiar, al principio acogida con alborozo, también le empezaba a pesar con el transcurso del tiempo. Doña Eleuteria seguía ejerciendo su maternal afán protector con desproporcionada intensidad favorecida por la cercanía, a lo que colaboraban sus hermanas Mercedes y Carmen. Acudía con frecuencia a la vivienda de la calle de Almagro que su madre ocupaba, pero cuanto más lo hacía, más reclamaba doña Eleuteria su presencia de una manera que le resultaba agobiante, a pesar de la devoción que sentía por ella.

La carrera militar de su hijo Manuel Fernández-Silvestre y Duarte, el Bolete de sus amores, estaba encauzada ya. Bolete sentía desde siempre una admiración ilimitada hacia

su padre, héroe y punto de referencia total para él. Soñaba con parecerse al victorioso general, y desde su primera consciencia había mostrado un deseo irrefrenable de ser oficial de caballería, «como lo había sido padre», repetía con la complacencia absoluta de Silvestre, que sentía por él una devoción incontenida. El logro del sueño de padre e hijo iba por buen camino. Bolete había obtenido plaza como alumno en la academia de caballería de Valladolid en 1917. Como sucedió años atrás con su padre, sin ser de los punteros de su promoción, ocupaba entre los cadetes un lugar decoroso que no redundaba en desdoro de su balbuciente carrera. Si todo iba bien, en junio de 1920 sería promovido a alférez de caballería y el sueño de ambos empezaría a tomar cuerpo. El seguimiento de la educación castrense de su hijo ya no requería su presencia en Madrid, cerca de Valladolid.

Las frecuentes huelgas, el terrorismo, los numerosos asesinatos, la constante agitación campesina en Andalucía que amenazaba extenderse a otras partes de España, el permanente incordio de las Juntas de Defensa, el malestar general por la mala situación económica y los cambios constantes de gobierno y de consiguiente rumbo, creaban un ambiente malsano en el que cada día le costaba más desenvolverse.

Pero no fueron estas circunstancias las que atizaron en Silvestre llamaradas de impaciencia insufrible.

Por un real decreto de 5 de julio de 1918 fue promovido al empleo de general de división. El mismo día también lo fue Dámaso Berenguer, su amigo y compañero de mil peripicias como si la vida se empeñara en juntarlos sin mezclarlos. Silvestre fue ascendido primero pasando a ocupar en el correspondiente escalafón el penúltimo lugar y Berenguer el último. Aunque ascendidos el mismo día, Silvestre iba por delante, y eso en su fuero interno constituía un motivo de satisfacción para él, por muy ministro de la Guerra

que Berenguer llegase a ser poco más de un año después, sustituyendo al que fuera segundo alto comisario en Marruecos, José Marina.

A mediados de abril de 1918, al hilo de que en junio del año siguiente vencían los cuatro años que como máximo podía ocupar el puesto de ayudante de campo y aprovechando uno de los muchos momentos de confianza que compartía con Alfonso XIII, le planteó sus ardientes deseos de «colocarse en primera línea de combate para defender a su majestad y a España» con un tono infatuado que se compadecía mal con el reinante en la conversación.

El rey le pidió paciencia, lo comprendía, necesitaba a «su general favorito», le dijo con intención lisonjera, en el protectorado, donde las sucesivas concesiones a el Raisuni y su negativa a prestar fidelidad al *jalifa* Muley el Mehdi estaban arrastrando nuevamente a una situación en la que la solución militar definitiva se iba vislumbrando como la única posible. Mas había que ser realista: para el empleo de general de división —Alfonso XIII trazó una mueca de complicidad, le cogió de la bocamanga derecha y con gesto propio de intimidad amistosa le frotó admirativamente el bastón, la espada y la estrella dorada de cuatro puntas, distintivos de este generalato— solo se contaba con las comandancias generales de Ceuta y Melilla, y con Marina como ministro de la Guerra, y Arráiz de la Conderera y Aizpuru como comandantes generales, «me resultaría muy difícil y con un gran coste para ti y para mí promover tu nombramiento para Ceuta o Melilla», confesó el monarca mientras que su ayudante le dispensaba un insondable silencio escoltado por sus inmensos bigotes. «Hay que esperar el momento oportuno y mientras tanto hemos de tener paciencia», señaló con un plural revelador de la intensa relación que los ligaba.

Pero, la impaciencia de Silvestre se avivó. El término de los cuatro años de permanencia máxima como ayudante de campo se acercaba inexorablemente, sin tener resuelto su

siguiente destino, que en su agitada mente no podía ser más que en el norte de África.

Sus deseos se dispararon cuando Berenguer dio el salto de subsecretario a ministro de la Guerra.

El mismo día, el 9 de noviembre de 1918, que se hizo oficial el nombramiento de Berenguer, en medio de un despacho ordinario Silvestre preguntó al rey con doble intención si había llegado el momento adecuado para, desaparecido Marina de la escena ministerial, promover su candidatura para el mando de Ceuta o Melilla. Alfonso XIII, con el tono cortante y áspero que raras veces empleaba con su colaborador y amigo, le frenó con un «eso es cosa mía, general», que dejó tan descolocado a su ayudante que, con voz mucho más suave y cordial, se vio en la necesidad de añadir un enigmático: «Manolo, que no te devore la impaciencia, os necesito a los dos en el protectorado, a Berenguer y a ti, a ti y a Berenguer».

La trágica muerte de Gómez Jordana, tercer alto comisario de España en su protectorado marroquí, conmocionó a la opinión pública, atizó las pasiones de algunos políticos, y, a la postre, en la extensa carta sobre la que se desplomó mortalmente mientras la redactaba en su despacho de la tetuaní plaza del Feddan sacó a la luz, como amargo testamento de quien había entregado tanto a la acción de España en el norte de África, las enormes deficiencias de la presencia patria en aquellas tierras.

Silvestre no fue de los primeros en enterarse de la noticia del nombramiento de Berenguer como cuarto alto comisario de España en Marruecos. Además, el nombramiento le cogió fuera de juego. Aunque se había entrevistado en las últimas semanas varias veces con su compañero de promoción abordando precisamente el problema de su cambio de destino y su deseo de incorporarse a un puesto de mando en el norte africano, nada le había comentado de lo que, sin duda, tenía conocimiento como ministro de

la Guerra y como afectado personalmente. Consideraba esto como una falta de confianza y una deslealtad, que lo achacaba a los deseos de Berenguer de mantenerlo al margen, conocedor de que sus aspiraciones llegaban también hasta la alta comisaría.

No menos extrañeza le causó el silencio del rey. En un despacho de aquellos días lo insinuó y Alfonso XIII, con uno de los frecuente bandazos de humor que le caracterizaban cada vez más con el paso de los años, se mostró tajante en cambiar de tema tras espetar: «Ya te he dicho muchas veces, Manolo, que os necesito a los dos, a Berenguer y a ti, en Marruecos. Todo se andará, pero déjame hacer las cosas a mi manera, y sobre todo, no me agobies».

La guinda de su desazón fue que hubiera sido nombrado alto comisario un general de división, rompiendo la regla no escrita que inauguró el teniente general Alfau, y a la que dieron continuidad los igualmente tenientes generales Marina y Gómez Jordana. Cuando en sus numerosos acercamientos en pos de destinos en África había insinuado la posibilidad de ser designado para desempeñar tal puesto en Tetuán, el propio Alfonso XIII le había comentado que no era factible, bromeando: «Aunque ya no falta mucho, todavía no eres teniente general, querido Manolo». Berenguer no solo no era teniente general, sino que era general de división situado detrás de él en el escalafón, y eso le revolvía las entrañas. Cuando se atrevió a apuntar la doble incongruencia, el monarca, como si desde hiciera tiempo lo estuviera esperando de su ayudante, abrió el cajón derecho de la mesa que ocupaba y, tras extraer la copia de la Gaceta de Madrid en la que aparecía publicado el real decreto de 11 de diciembre de 1918 y depositarla sobre el tablero, le recordó que eso había sido posible porque a partir de tal fecha el alto comisario había dejado de ocupar la jefatura del ejército español en el norte de Marruecos con la intención de «revestir el cargo de un cariz más civil», en un in-

tento de explicar algo que su interlocutor nunca acabaría de entender.

La tarde del 20 de julio de 1919 era calurosa, el sol caía a plomo y una calima parduzca formada por partículas suspendidas en el aire recordaba que la capital de España podía sufrir los efectos de un desierto no tan lejano.

Alfonso XIII había convocado a Silvestre a las cinco y media en su despacho del palacio de Oriente, para más tarde, cuando aflojara el calor, salir a dar un paseo a caballo por la Casa de Campo. Hacía un par de días que no lo veía, enredado con la crisis de gobierno que se había planteado con la dimisión de Antonio Maura. Habían sido jornadas agotadoras. Bajo la mirada escrutadora del conde de Romanones, Melquiades Álvarez, Alejandro Lerroux y toda la izquierda extradinástica, había dado encargos sucesivos de formar gabinete a Maura, Dato y Miranda, en busca de un gobierno de concentración conservadora, hasta que Sánchez de Toca lo logró, aportando al rey una lista que al final de esa misma mañana obtuvo su beneplácito.

El monarca lo recibió con sonrisa de satisfacción. La cara descansada, el pelo discretamente engominado y su raya bien trazada revelaban que había encontrado tiempo para dormir la siesta o para descansar con holgura. Silvestre le felicitó con efusividad por la solución de la crisis, que había colocado al frente del gobierno a Joaquín Sánchez de Toca y al teniente general Antonio Tovar en el ministerio de la Guerra. Los dos le parecían mucho más acomodaticios a los deseos palaciegos que sus predecesores, Antonio Maura y el general Luis de Santiago.

En un determinado momento Alfonso XIII se dirigió a su ya por pocos días ayudante con un esperanzador «¡te voy a echar de menos, Manolo!». Silvestre calló, aquella introducción podía significar o todo o nada para sus aspiraciones. Siguió un espeso silencio, de aquellos que los cuchillos muy afilados apenas pueden cortar. No se atrevió ni a pre-

guntar la razón de tan insinuante exclamación. Conocía al rey y sabía que en momentos como aquel había que dejarlo a sus anchas para que soltara sin obstáculos lo que llevaba dentro; si se le interrumpía, se distraía y sus palabras podían tomar otro rumbo o cesar, molesto por la interrupción.

—Con esta crisis he querido resolver varias cosas y alguna de ellas me preocupaba desde hacía tiempo —adelantó el monarca añadiendo una gota más de suspense—. Todos sabemos que Maura es un hombre tan valioso como difícil. Es un político a quien se puede recurrir en situaciones excepcionales, pero es muy difícil mantener con él una relación prolongada. Aunque llevaba a la cabeza del consejo de ministros poco más de tres meses, la situación con él era insostenible —confesó sin poner mucho énfasis, como queriendo pasar con rapidez la página referida al político mallorquín.

Hizo entonces un alto para alumbrar un cigarrillo, y, secundado por varios parpadeos, se entretuvo unos segundos en observar la evolución de las volutas formadas por el humo que acababa de exhalar. Silvestre encontró entonces el momento para preguntarle con voz pausada que se enmarañaba con sus imponentes bigotes qué otros asuntos había querido resolver con la crisis cerrada esa misma mañana.

El rey inhaló nuevamente el humo del cigarrillo, que se fue adueñando del despacho, lo expulsó con fuerza, se reincorporó en el sillón, apagó aquel en el cenicero situado a su mano derecha y con modos paternalistas se dirigió a su «general favorito».

—Quizá te choque esta confesión: en las agotadoras conversaciones de estos días con los políticos, sobre todo en las que he mantenido con Sánchez de Toca, tu nombre y el de Berenguer han salido con frecuencia.

—¿Berenguer y yo? —interpeló Silvestre con forzada ingenuidad que buscaba tirar de la lengua en un asunto trascendental para él.

—Sí, Berenguer y tú, tú y Berenguer —amartilló Alfonso XIII mientras que echaba nuevamente mano de la cajetilla de cigarrillos y, después de ofrecer uno a su ayudante, prender otro.

Los ojos centelleantes y las guías de sus descomunales bigotes suplieron las palabras. Silvestre reclamaba a su través que el rey prosiguiera y que no lo tuviera más en ascuas.

—Te he dicho muchas veces que os quiero a los dos en el protectorado. Estoy convencido de que la solución al endiablado problema marroquí tiene que venir de la mano de vosotros dos, en quienes tengo depositada toda mi confianza.

El general frunció el ceño de una manera tan liviana como significativa. Él era él y Berenguer, Berenguer. La equiparación de ambos en la estima del monarca no le complacía después de tantos calificativos de «mi general favorito» que le había dispensado en los cuatro años de intensa convivencia.

—Tanto Sánchez de Toca como Tovar se han comprometido a nombrarte enseguida comandante general de Ceuta en sustitución de Arráiz de la Corderera —adelantó triunfalmente.

Silvestre respiró hondo, se concedió una breve pausa mientras que su señor y amigo, afanado con el cigarrillo, lo observaba entre la nube de humo que empezaba a envolver a los dos personajes, y, ahuecando la voz como solía hacer en ocasiones especiales, dio rienda suelta a un agradecimiento huérfano de palabras suficientes para expresarse del todo. Bajo la mirada complacida de Alfonso XIII se explayó sobre lo que el regreso a África suponía para él. «Después de los cuatro años fructíferos y densos que he tenido el privilegio de disfrutar al lado de su majestad, volveré a aquellas tierras para entregar lo mejor de mí al servicio de mi rey y de España», concluyó alzando la voz de un modo desmesurado.

—Así que en pocos días tendré que pensar en alguien capaz de sustituir al insustituible Silvestre como mi ayudante de campo —bromeó Alfonso XIII en un escorzo sentimental al que era tan aficionado, cuando, ante la inminencia del cese de aquel, había designado ya para cubrir su vacante al general Julio Rodríguez Mourelo.

Parecía que la conversación tocaba a su fin. El monarca estaba deseando salir a la Casa de Campo para el paseo a caballo que tanto le gustaba dar cuando el implacable calor de finales de julio empezaba a ceder. A Silvestre, sin embargo, no se le había olvidado que, según su confesión inicial, el rey también había hablado de Berenguer con Sánchez de Toca y Tovar. El todavía ayudante de campo sabía que su mayor o menor capacidad de acción en la comandancia ceutí y, más allá, en toda la parte occidental del protectorado dependía mucho del alcance de las atribuciones que se concedieran al alto comisario.

—Señor, ¿y del general Berenguer qué habló con los políticos? Me atrevo a preguntar esto porque no cabe duda de que mi posición en Ceuta dependerá mucho de la que tenga mi compañero en Tetuán —planteó con vozarrón que traslucía la desconsideración con la que se solía referir a los políticos en general, y la consciencia que con tal pregunta se aventuraba por un terreno en el que podía toparse con una reacción adversa.

Alfonso XIII posó en él una mirada de tal intensidad que lo descolocó. Se levantó del sillón donde se remejía inquieto por lo prolongado de la conversación y por el reclamo de la Casa de Campo en la que el declinante sol empezaba a recogerse.

—Berenguer y tú, tú y Berenguer, tan amigos y compañeros y siempre tan atento el uno del otro —ponderó mientras propinaba un toque cariñoso en el hombro derecho de Silvestre, que había seguido el movimiento del rey poniéndose también de pie en posición de respeto.